

SUMARIO

Crónica general, por NIEMAND; pág. 177. — Cartas de un Veterano. Más sobre el problema militar, IV y última; pág. 179. — Estudio sobre las plazas del momento; página 184. — Artillería reglamentaria, (*continuación*), por don JUAN DE UGARTE, capitán de artillería; pág. 190. — Documentos para la historia de la guerra chino-japonesa, (*continuación*); pág. 195. — Tren batería para la defensa móvil de las costas; pág. 197. — Revista de la prensa y de los progresos militares; pág. 199.

Pliego 16 del REGLAMENTO ALEMÁN PARA EL SERVICIO DE CAMPAÑA.

CRONICA GENERAL

EL REGLAMENTO PARA EL SERVICIO DE CAMPAÑA.—DIFICULTADES QUE HAN DE PRODUCIR SUS DEFICIENCIAS EN LA GUERRA.—REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO FRANCÉS.—LA SUERTE DE UN ABISINIO.

Es indudable que la deficiencia de los reglamentos debe contribuir, de modo muy marcado, en la realización de los actos á que aquellos se refieren. Y si la misión principal del ejército consiste en realizar del mejor modo posible el servicio de campaña, habrá que concluir que las deficiencias del reglamento que lo ordena tendrán perjudicial influjo en la manera de llevar á cabo este servicio, que es la guerra misma con todas sus complicaciones, con toda la trascendencia de los más nimios detalles que á ella corresponde. Porque el dilema es inexcusable: ó no hace falta un reglamento para el servicio en campaña, y cada fuerza puede desempeñarlo de la mejor manera que plazca á su jefe y sin que haya posibilidad, por lo tanto, de exigir responsabilidades á quien no lo cumpla, ó bien, por el contrario, es aquel reglamento de imprescindible necesidad y entonces sus errores serán los errores del servicio en campaña, es decir, errores en la ejecución práctica de las operaciones de la guerra.

Es muy curioso lo que sucede en nuestro país en materias de reglamentos y sobre todo en materias del reglamento de campaña: mientras la última prescripción de la última real orden oficinesca se ha de cumplir á macha martillo, aunque sea cuando el texto legal dispone que la junta económica de un cuerpo ha de recabar autorización para adquirir media docena de parches de tambor; mientras cualquier oficial se ve expuesto á sufrir todo el rigor de una conminación terrible si no se ajusta al último formulario ó al ridículo encasillado, no hay quien exija el cumplimiento, ni hay quien se acuerde, ni quien se preocupe de que existe un reglamento para el servicio en campaña, cuyos preceptos deben seguirse al pie de la letra ó reformarse si no sirven.

Hay aquí una doble causa de la anomalía señalada, que conviene examinar. La primera causa es que, pareciéndonos en esto á los moros, sólo tenemos formalidad para las pequeñeces: diez años seguidos consideraremos como una cosa

trascendental el santo, la seña y la contraseña, pero que no se nos hable de esta triquiñuela en día de asonada. Y es probado.

La otra causa reside en el reglamento en sí mismo: nuestro reglamento de campaña es un pequeño resumen de los principios generales del arte militar tal y como se entendía por los alemanes durante la guerra de invasión en Francia. Transportado á nuestro país y envejecido con veinticinco años de incesantes transformaciones que no le han alcanzado, resulta poca cosa como libro de arte militar: como reglamento, si es que puede recibir este nombre, no resulta nada. De aquí que, no pudiéndose seguir al pie de la letra sus preceptos, como deben seguirse los preceptos de los reglamentos, ha ido cayendo en el olvido y se produce el fenómeno raro de que no se sepa en nuestro ejército de operaciones, de un modo oficial, legal, de qué manera hay que prestar el servicio, debiéndolo suplir en lo más necesario los bandos del general en jefe y en ciertos asuntos de detalle, la costumbre, es decir, hacer hoy lo que se vió hacer ayer, sin averiguar las causas porque se hace de este modo y no de otro.

Aunque no poseemos referencias directas del influjo que esta cuestión pueda tener en el desarrollo de las operaciones de la guerra de Cuba, no podemos dejar de creer que la acción del mando será más difícil de lo que debiera ser á causa de esta falta de uniformidad. Ciertas fracciones, abandonadas á sí mismas, habrán tenido que *crearse*, por decirlo así, su reglamento para el servicio en campaña, y si todas ellas se habrán esmerado en montar el servicio de seguridad de acuerdo con los principios modernos; en redactar los partes é informes con aquella precisión matemática que sirve luego de auxiliar al estado mayor para conocer la situación real y efectiva de las cosas; en organizar las columnas de marcha con aquel orden perfecto que permite llegar á un punto dado en el momento oportuno; en mantener constantes relaciones con las fuerzas próximas para auxiliarlas ó ser auxiliadas por ellas, si todas habrán tratado de suplir con su buena voluntad los huecos del texto legal, no habrán quizás logrado armonizar tendencias diferentes, originándose así, para el general en jefe, verdadera dificultad en combinar todas las operaciones con la exactitud matemática que conduce á los grandes éxitos.

De desear es que la anómala situación en que se halla un ejército que no posee, propiamente hablando, un reglamento para el servicio en campaña, desaparezca cuanto antes, en beneficio de las operaciones de la guerra y del prestigio de nuestra institución armada, que verdaderamente padece con la falta de lo que en todas partes se considera como el primero y más importante de los reglamentos militares.

*
*
*

En Francia están dando vueltas á la organización del ejército colonial sin que, al parecer, logren ponerse de acuerdo sobre tan interesante asunto. El proyecto presentado en 22 de febrero último levantó tan gran polvareda, que no hubo medio de que pasase adelante. Con fecha 2 de abril se ha presentado un proyecto de transacción con arreglo al cual el XIX cuerpo de ejército figurará en la metrópoli, aunque formarán parte de él las tropas que residen en Argelia y en otras colonias. Se creará el cuerpo de ejército número XX, compuesto de ocho regimientos de infantería, que no serán más que los ocho regimientos de

infantería de marina, á los que se les cambiará el nombre; una brigada de caballería compuesta de dos regimientos de dragones que se crearán; una brigada de artillería, que comprenderá los dos regimientos actuales de artillería de marina; un batallón de ingenieros y un escuadrón del tren, que se tendrán que crear. En resumen, de lo que se trata es de agrupar varias tropas sueltas que residen en Francia, formando un nuevo cuerpo de ejército. En Argelia y en las colonias las cosas seguirán con corta diferencia como antes, salvo que las discusiones de las cámaras den lugar á un nuevo proyecto que Dios sabe el sentido que llegará á tener.

*
* * *

Los periódicos refieren el caso curioso de un jefe austriaco nacido en Abisinia: el teniente coronel Miguel Fadlallah-el-Hedad, jefe actual de la remonta de Debreczin. Unicamente por una serie extraordinaria de aventuras ha podido llegar este abisinio á ocupar el empleo que disfruta en el ejército de Austria-Hungría. Muy niño, fué robado por una partida de cazadores de esclavos y conducido á Kartum en donde un europeo lo compró por una suma bastante elevada. El niño, aunque nacido en el Choa, en los alrededores de Gondar, pertenecía á la raza árabe y por lo tanto á la religión musulmana, llamándose Mustafá. Su protector no tardó en interesarse por él; lo bautizó con el nombre de Miguel enviándole á Roma en donde fué educado á expensas del Estado. Demostró gran inteligencia y deseo de instruirse, consiguiendo ser oficial y con el tiempo teniente coronel del ejército austriaco, caballero de la orden de Francisco José.

Todo esto ha sorprendido mucho á los periódicos; pero, verdaderamente, no hay para tanto, pues si este abisinio, en vez de procurar ilustrarse, se hubiera dado una vuelta por la isla de Cuba, entre el *Chino*, el *Mulato* y otros de la misma racha, le hubieran dando un curso de patriotismo, y, cuando menos, hubiera llegado á generalísimo ó cosa así.

NIEMAND.

15 abril, 1896.

CARTAS DE UN VETERANO

MÁS SOBRE EL PROBLEMA MILITAR

IV Y ÚLTIMA

Mi distinguido amigo: aunque al empezar estas cartas me había propuesto principalmente hablarle de ejércitos coloniales, la importancia que en mi concepto tiene todo cuanto á la instrucción de las clases de tropa se refiere, me ha desviado del asunto en el cual sólo voy á ocuparme por ahora ligeramente.

Creo que sólo á una nación tan imprevisora como España podía cogérle desprevénida la insurrección cubana que, por desgracia, no es la primera. La guerra que ensangrentó la gran Antilla desde 1868 á 1878 costó unas 75,000 bajas por el plomo enemigo y las enfermedades, sin contar la multitud de heridos

que, á consecuencia de aquella campaña, quedaron inutilizados. A esto hay que añadir los millones que hubo que gastar para mantener allí las fuerzas necesarias y para apagar la insurrección. Terminada aquella sangrienta lucha, del estudio de ella debió deducirse el procedimiento más adecuado para evitarla en el porvenir, y efectivamente, después de 17 años de paz hemos vuelto á lo mismo. Cuando empezó la insurrección de 1868 había en Cuba 18,000 hombres de guarnición, y al estallar la del año anterior, el efectivo de las fuerzas, contando con la guardia civil y el cuerpo de orden público, era de unos 20,000. Por este lado ya ve usted que nada habíamos adelantado.

La experiencia de la guerra de los diez años debió demostrar palpablemente que las principales dificultades con que nuestro ejército tuvo que luchar, aparte de la del clima que sólo puede atenuarse, pero no evitarse, eran la escasez y mal estado de comunicaciones, la falta de guías y el desconocimiento del país, y la facilidad con que los insurrectos podían esquivar la persecución, gracias á la división en pequeños grupos y al empleo de los caballos de la comarca.

No pretendo, ni nadie pretenderá ciertamente, que existiera siempre en la isla de Cuba un ejército suficientemente numeroso para sofocar una insurrección de tanto vuelo como la actual; pero me parece que, dada la importancia de la isla, las tendencias de gran parte de sus habitantes, y la proximidad de los Estados Unidos; 20,000 hombres de los cuales sólo 14,000 pertenecían realmente al ejército era fuerza muy exigua, y tanto más cuanto no se había tenido en cuenta tampoco ni la cualidad de los elementos ni la necesidad de una organización que, en el momento oportuno, permitiera aminorar, ya que no evitar por completo, los inconvenientes que se tocaron en la anterior campaña.

Veo ya la objeción que ocurrirá, no á usted sino á muchos, contra la organización de un verdadero ejército colonial; dirán desde luego que es caro; pero yo pregunto si resultará barata en hombres y en dinero la campaña que estamos sosteniendo, y si no hubiera sido mucho mejor gastar para impedir la insurrección que para sofocarla.

La organización de los ejércitos coloniales es variable y depende muy principalmente de las condiciones de las colonias. En Filipinas podemos tener unidades formadas por habitantes del país, en Cuba no es posible, y no hay más remedio que formar la guarnición de aquella isla con elementos peninsulares; pero es preciso que estos elementos sean suficientes en cantidad y escogidos en calidad. Mandar á Cuba soldados sorteados como los que sirven en la Península, y precisamente á la edad en que las enfermedades producen mayor número de víctimas, parece poco humanitario, y además poco conveniente. En un libro de higiene militar recientemente publicado se leen los siguientes párrafos que traduzco porque son de gran oportunidad y enseñanza. (1)

«En todas las expediciones llevadas á cabo en países cálidos, los más jóvenes son los que han sufrido mayor número de bajas por enfermedades y defunciones; en el ejército francés la infantería de marina formada por hombres de veinte á veintitrés años ha sufrido mucho más que la legión extranjera compuesta por soldados de edad más avanzada. Según el doctor Rangé, durante la campaña de Dahomey tuvieron que regresar á Francia por enfermedad en la legión ex-

(1) *Traité d'hygiène militaire*, par A. Laveran, Paris, G. Masson, éditeur, 1896.

tranjera el 45 por 100, en la artillería de marina el 51 por 100 y en la infantería el 80 por 100. La fatiga produce rápidamente en los soldados jóvenes el desaliento y la nostalgia que predisponen á las enfermedades y agravan sus efectos. Sería por tanto indispensable no enviar á las colonias más que soldados cuya edad fuera por lo menos de 23 años, y desde este punto de vista, la constitución de un ejército colonial se impone.»

Creo que ya habrá usted comprendido que lo anterior se refiere al ejército que debe guarnecer las colonias en tiempo de paz; pues sí, como en la actualidad sucede, es preciso sostener una guerra de importancia, y enviar un ejército expedicionario, claro es que éste tiene que formarse con los elementos del que exista en la nación y que accidentalmente tendrán que combatir en las colonias como pudieran hacerlo en cualquier otro teatro de operaciones. Pero si estas tropas expedicionarias encuentran ya un ejército colonial debidamente organizado, su tarea será mucho menos fatigosa.

Es indiscutible, y así lo ha demostrado repetidamente la experiencia, la conveniencia de no enviar á las colonias situadas en la proximidad del ecuador soldados muy jóvenes, con ello se aumenta mucho la mortalidad y más aún dejando como sucede entre nosotros que la suerte sea la que fije cuales son los reclutas que han de pasar á Ultramar, de donde resulta que, si bien muchos de los designados no tendrán en el momento de marchar exención física que impida el embarque, carecerán, sin embargo, de condiciones para resistir las influencias climatológicas. Es, pues, evidente que el primer paso que debiera darse para constituir un buen ejército colonial sería formarlos por medio de voluntarios cuya edad mínima podría ser de 23 años y la máxima de 30; entre éstos se preferirían los que hubiesen servido ya en el ejército de la Península y tuvieran buenas notas en su filiación, debiendo además sujetarse á un escrupulosos reconocimiento con arreglo á las instrucciones que fijara el cuerpo de Sanidad Militar. Naturalmente que este sistema habría de resultar más costoso que el actual, pues claro es que sólo concediendo ventajas á los voluntarios podrían encontrarse en número suficiente; pero quizá resultaría más económico en hombres, y esto hay que tenerlo muy en cuenta. Por otra parte, estos voluntarios, en vez de sujetarse tan sólo á un servicio de tres años, deberían comprometerse á servir por cinco ó seis, y con ello se disminuiría el número de transportes anuales, lo cual produciría economía. De este modo habría en Cuba soldados cuya edad variaría entre 23 y 35 ó 36 años, y por consiguiente aun con vigor suficiente para el servicio, sin que por su excesiva juventud fueran pasto tan fácil para toda clase de enfermedades.

La mayor parte de los militares que se han ocupado en la organización del ejército de Cuba afirman que para contener un movimiento insurreccional, conviene disponer en los primeros momentos de 50.000 hombres, por lo menos; pero claro es que en tiempo de paz no es posible mantener en filas contingente tan crecido, que daría lugar á un presupuesto fabuloso. Hay que estudiar, pues, como complemento de organización de un ejército colonial un sistema de reservas que permita llegar á dicha fuerza sin que en tiempo de paz haya sobre las armas más de 20.000 á 25.000 hombres.

El sistema de colonias militares que tantas aplicaciones ha tenido entre los extranjeros podría quizá dar en este caso buenos resultados, si se aplicara con-

venientemente. No conozco las condiciones de aquel país para poder decir cual debiera ser el mejor procedimiento; usted en cambio podrá apreciar mejor que yo si son admisibles las consideraciones que voy á exponerle.

Desde luego creo que debiera dividirse el país en zonas militares más ó menos extensas según la población, condiciones del territorio y medios de comunicación de cada zona. Estas zonas tendrían por capitales las principales poblaciones de la isla y á cada una de ellas se le destinaría una guarnición compuesta de tropas de distintas armas, ó por lo menos infantería y caballería, más ó menos numerosa según la importancia de la zona. A cada unidad activa de infantería, caballería, artillería é ingenieros, le correspondería otra de reserva. Los soldados de estas unidades podrían ser: 1.º Los que hubiesen cumplido en el ejército activo de Cuba los cinco ó seis años de servicio. 2.º Los peninsulares á quienes correspondiera entrar en el servicio en la Península y desearan permanecer en Cuba. 3.º Los reservistas de la Península que estando en esta situación quisieran pasar á Cuba.

Ya comprenderá usted que para obtener suficiente número de reservistas en estas condiciones sería necesario darles ciertas ventajas, á fin de que permaneciendo algún tiempo en la isla, les fuera fácil formar un pequeño capital que les sirviera de base para establecerse en la Península, cuando quisieran regresar á ella.

Este sería el objeto de las colonias militares que deberian crearse en las distintas provincias, de tal modo que á cada zona le correspondiera una ó varias colonias que fueran la base de las unidades de reserva. Cada colonia tendría á su frente jefes y oficiales del ejército, y á fin de interesar á todos en la prosperidad de la colonia, podría asignarse un beneficio de un tanto por ciento de los productos obtenidos, beneficio que se repartiría proporcionalmente á los haberes de cada individuo.

No afirmo que este procedimiento fuera el mejor; quizá resultara más conveniente que, en una ú otra forma, el gobierno concediera ciertos beneficios á los hacendados que tomaran en sus ingenios ó industrias á los reservistas, mediante condiciones que podría estipular una comisión nombrada para ello y que fueran ventajosas para dichos reservistas.

Cualquiera que fuese la forma adoptada, la idea fundamental sería tener siempre en la isla de Cuba un número suficiente de reservistas para doblar en los primeros momentos el efectivo en pie de paz. Al decir doblar, no quiero significar con esto que debiera doblarse el efectivo de cada unidad, sino el número de unidades, pues como ya he dicho antes, cada una de las zonas debería tener sus correspondientes unidades activas y proporcionar un número igual de unidades de reserva. Si los reservistas se incorporaran á las unidades activas habría en éstas hombres de edades muy diferentes, lo cual no conviene por la diferente resistencia que corresponde á tan distintas edades, y además como los reservistas tendrían algo olvidada la instrucción militar, sería necesario emplear unos días en recordarla. Por otra parte creo que las unidades activas del ejército de Cuba debieran tener en paz y en guerra igual fuerza, estando siempre dispuestos para entrar en operaciones sin necesidad de recibir gente nueva.

Si para aquel país se consideran preferibles batallones sueltos de seis compañías y éstas de 150 hombres, el batallón debería tener siempre 600; creo preferi-

bles pocas unidades con efectivos nutridos, á muchas unidades con efectivos exigüos que, al emprender la campaña, habrían de nutrirse con gente bisoña procedente de la Península y sin aclimatar. Además, habiendo demostrado la experiencia de la guerra anterior y la de la actual la conveniencia de guerrillas montadas, debería tener ya en pie de paz cada unidad de infantería su correspondiente guerrilla, á la cual, durante una temporada más ó menos larga, y escogiendo la estación más conveniente, se le obligaría á reconocer el país, efectuando viajes en distintas direcciones y teniendo siempre por punto de partida la cabeza de zona. De este modo podría tener cada unidad de infantería, y lo mismo las de caballería, un núcleo organizado que conociera el país y que en tiempo de guerra podría substituir á los prácticos que hoy usan las columnas, y que con frecuencia las extravían ó las llevan por derroteros falsos.

En cuanto á las reservas, si pudieran organizarse en buenas condiciones las colonias militares de que antes hemos hablado, sería lo mejor, porque tales colonias podrían tener una organización militar mediante la cual los jefes y oficiales conocieran á sus subordinados. Estas colonias, además de los trabajos inherentes á los ingenios, tendrían á su cargo la apertura de las comunicaciones próximas y el saneamiento del terreno dentro de los límites posibles con los elementos de que pudieran disponer. Los jefes y oficiales de estas reservas deberían tener obligación precisa de reconocer la zona que les correspondiera, á fin de que hubiera en todas ocasiones suficiente número de individuos conocedores del país.

A estos elementos podrían unirse fuerzas de voluntarios insulares; pero organizadas con cierta parsimonia, pues creo que el servicio de estas fuerzas debe limitarse á guarnecer las poblaciones importantes, y el número de unidades de voluntarios tendría que reducirse á las que pudieran formarse con individuos cuya adhesión á España no fuera dudosa, á fin de evitar que, como ha sucedido ya, que algunos voluntarios hicieran causa común con el enemigo. Por otra parte, tampoco conviene que estos cuerpos de voluntarios sean demasiados numerosos, á fin de que no lleguen á imponerse movidos por fines políticos; ó por intereses más ó menos egoístas. Creo que esta clase de fuerzas puede ser un arma de doble filo, y conviene por consiguiente, evitar los peligros que le son inherentes. Es preferible reducir las á un número escaso, pero organizadas con elementos seguros, á tener en el papel una cantidad numerosa, pero cuya fidelidad no puede asegurarse.

Respecto á los jefes y oficiales, debería reformarse el actual reglamento de pases á Ultramar, y substituirlo por otro que concediera mayores ventajas, pues la experiencia ha demostrado que las antiguas disposiciones ofrecían mayor aliciente que las actuales. También me parecería muy conveniente no fijar límite máximo de permanencia en Ultramar, dejando á los jefes y oficiales que lo desearan pasar en aquellos distritos el tiempo que tuvieran por conveniente. A la nación y al ejército le conviene tener en aquellos países suficiente número de jefes y oficiales conocedores del terreno y avezados al clima de las colonias, á fin de que en tiempo de guerra puedan formarse desde luego las unidades de reserva de que hemos hablado, y de que los jefes de columna puedan disponer de personal apto para servirles de guía y proporcionarles los datos necesarios acerca de la comarca que hayan de recorrer.

Creo que bajo estas bases, podría organizarse un ejército con fuerza suficiente para contener en los primeros momentos una insurrección, y dar lugar á la llegada de refuerzos que se encontrarían ya con tropas conocedoras del país, de modo que, formando columnas que tuvieran por centro de operaciones las capitales de zona, y uniendo á las tropas recién llegadas las ya existentes en la isla, el ejército colonial prestaría grandes servicios y facilitaría considerablemente las operaciones que se emprendieran.

Claro es, que esta organización del ejército de Cuba puede aplicarse esencialmente á las demás colonias, pero en Filipinas hoy día no es aún necesario el empleo de fuerzas exclusivamente peninsulares, por más que opino no sería superfluo enviar allí algunas unidades que sirvieran de núcleo para el caso de que hubiera que sofocar algún conato de rebelión.

En suma, la organización de los ejércitos coloniales debe basarse en los siguientes principios: 1.º Aprovechar todos los elementos indígenas de que se pueda echar mano, para formar con ellos unidades, cuyos cuadros de oficiales deben ser siempre peninsulares. 2.º Las tropas constituidas por los peninsulares deberán formarse con voluntarios que hayan cumplido ya 23 años, y, si es posible, que hayan servido en el ejército; la duración del servicio en Ultramar debería ser cinco ó seis años. 3.º Organizar colonias militares ó tomar las disposiciones más adecuadas para que cada distrito de Ultramar pueda formar fácilmente unidades de reserva. 4.º Organizar las unidades activas tal y como deben hallarse en tiempo de guerra. 5.º Dividir la colonia en zonas, á cada una de las cuales deberán hallarse afectas cierto número de unidades que tendrán la obligación de recorrer en épocas determinadas el territorio que les corresponde, é instruir oficiales y clases de tropa que puedan en caso de guerra servir de guías. 6.º En donde la naturaleza del país y la abundancia de ganado lo consientan, dotar las unidades de infantería de guerrillas montadas que se destinarán principalmente al servicio de exploración.

Como usted comprende de sobra, el tema de la organización de los ejércitos coloniales, es muy vasto, y aquí no hago más que apuntarlo; quizá otro día se presente ocasión más oportuna para desarrollarlo; por ahora se despidе y queda de usted su afectísimo amigo

UN VETERANO.

ESTUDIO SOBRE LAS PLAZAS DEL MOMENTO (1)

CONSIDERACIONES GENERALES

Las plazas del momento, á cuyo empleo se ha apelado en todas las épocas de la historia militar, tendrán en las guerras futuras probablemente la misma importancia que en las pasadas. Para comprender el valor de los servicios que pueden prestar, bastará enumerar los casos en que será necesario recurrir á ellas.

1.º *En la ofensiva.* Un ejército debe asegurar sus comunicaciones con su

(1) De la *Revue du Génie Militaire*.

base; es necesario que ponga ciertos puntos de estas comunicaciones al abrigo de un golpe de mano y aun en condiciones de resistir largo tiempo á una tentativa seria del enemigo, para que el ejército que esté avanzado pueda replegarse con seguridad.

Estos puntos, fáciles de señalar son: los pasos de los ríos, es decir, los puentes permanentes ampliados con los puentes de circunstancias establecidos con la idea de activar el paso de las tropas; los desfiladeros, tan importantes sobre todo en las montañas; las estaciones, cabezas de etapa de guerra donde se descargan todos los trenes destinados al ejército y donde se embarca el personal (heridos y enfermos), el material inútil, etc.; las estaciones almacenes instalados en la zona de los ejércitos.

Estos dos escalones del servicio de retaguardia comprenden una fracción del gran parque de artillería y buena parte del material de servicios de la intendencia y de ingenieros. Todas estas instalaciones deben estar protegidas. Las organizaciones defensivas que se establezcan jalonarán las comunicaciones del ejército con su base y afirmarán su seguridad.

También podrá ser de utilidad en la ofensiva, constituir en el territorio conquistado sólidos puntos de apoyo que den los medios de mantenerse entre la población enemiga y facilitando la marcha de los ejércitos de invasión.

2.º *En la defensiva*, la misión de las plazas del momento no es menos útil que en la ofensiva. Suplen la insuficiencia que puedan tener las plazas permanentes y tienen la ventaja de que pueden estar mejor emplazadas que ellas para responder á las exigencias de la situación. Pueden servir para constituir cabezas de puente, para cubrir los puntos de gran importancia defensiva, y para apoyar los ejércitos nacionales en su movimiento de retroceso.

Algunos ejemplos, relacionados con la defensa de Francia, harán comprender la importancia que las plazas del momento pueden tener desde el punto de vista defensivo.

Así, una cabeza de puente, doble, establecida en Montereau, da completa libertad á un ejército que se haya apoderado de la meseta, de pasar de una orilla á otra del Sena. Si en 1814 hubiese existido, Napoleón no se hubiere visto obligado á dar una batalla para forzar el paso del río. Apoyándose en ésta posición, hubiera podido, con toda seguridad, ir al encuentro del ejército austríaco.

Orleáns, sobre el Loire, es una cabeza de puente de gran valor. En efecto, existe un vasto campo atrincherado natural comprendido entre el ángulo del Sena, de Tours á Nevers, el Cher y el canal del Berry. Bourges, verdadera plaza de depósito, con sus numerosos establecimientos militares, está situada en el interior del campo atrincherado. Un ejército puede retirarse á él y rehacerse después de ser batido y volver á salir para tomar la ofensiva. Las salidas de Tours, Orléáns y Nevers le dan los medios de trasladarse á la orilla derecha del Loire. Orléáns y Nevers son más importantes que Tours. De Orléáns, es posible amenazar por el flanco y aun por el revés á un ejército que intentase sitiar á París. De Nevers, puede comunicarse directamente con el Morván, ese reducto de la Francia desde el cual puede atacarse por un gran número de direcciones á un enemigo que invadiese aquel territorio.

Se observa también el lazo que une el Morván con el campo atrincherado natural á que nos referimos. Mas, para que este último alcance todo su valor, es

necesario establecer al menos dos sólidas cabezas de puente en Orleans y en Nevers y conservar ó establecer algunos puntos de paso secundarios; los demás podrían ser destruídos. El ejército, distribuído en el interior de este campo atrincherado tendría, gracias á la gran cantidad de vías de comunicación que lo atraviesan, toda clase de posibilidades para trasladarse á los puntos amenazados.

Por más que no se trate propiamente hablando de las plazas del momento, citaremos las posiciones organizadas con el fin de cubrir un punto de gran importancia, como por ejemplo, una ciudad que presentase grandes recursos ó una capital que no hubiese sido fortificada durante la paz. Tales son las líneas de Torrès-Vedras que Wellington estableció en 1811 con la idea de proteger á Lisboa contra el ejército de Massena y las de Florisdorf construídas en 1866 en la orilla izquierda del Danubio, delante de Viena, con la idea de recoger el ejército de Benedek y defender la capital de Austria contra el ejército prusiano. En nuestros días la organización de estas posiciones sería la misma que la de las diferentes líneas de defensa que constituyen las plazas del momento.

De las consideraciones generales precedentes concluiremos:

1.º Que las plazas del momento pueden tener una extensión y una importancia muy variables, desde la simple cabeza de etapa hasta la plaza con fuertes destacados.

2.º Destinadas á servir de apoyo á los ejércitos, no estarán abandonadas á sí mismas más que en períodos muy cortos, excepto en el caso en que estos ejércitos fuesen completamente rechazados. Su resistencia dependería entonces de la organización que tengan, es decir, del tiempo y medios de que se ha dispuc-to para establecerlas.

Por consiguiente, mientras los ejércitos amigos no sean definitivamente rechazados, estas plazas no serán nunca acordonadas de un modo definitivo; el enemigo no podría, en modo alguno, constituir un parque de artillería para establecer el sitio regular porque su situación sería muy precaria. Todo lo más podrá disponer de un parque ligero de sitio.

Mas si los ejércitos enemigos resultan derrotados, la plaza se verá atacada por todos los medios usados en nuestros días. (1)

(1) Tal vez se nos pueda objetar que el hecho de estar unidas á los ejércitos caracteriza tanto á las plazas permanentes como á las del momento. Sin duda; mas las primeras deben resistir incluso cuando no esperen ningún apoyo de los ejércitos exteriores; pues no están aisladas, sino que, antes al contrario, forman parte de regiones fortificadas. Su objeto consiste en detener al enemigo en la misma frontera, é interceptar ó amenazar sus comunicaciones, asegurar la movilización y la concentración de los ejércitos nacionales, favorecer su ofensiva sirviéndoles de base, y después de una derrota, permitir á estos ejércitos el rehacerse y tomar otra vez su marcha ofensiva.

Este caso no es ciertamente el de una plaza de momento, pues ésta queda completamente aislada y su misión cesa desde que el ejército que apoyaba ha desaparecido. Supongamos, en efecto, que en 1870, el ejército de Faidherbe hubiese rechazado fuera del territorio francés al primer ejército alemán que había comenzado á reorganizar en Rouen una plaza del momento. ¿Cuál era entonces la misión de esta plaza? Su guarnición, en lugar de resistir al ejército francés, hubiera tenido interés en no quedar aislada, y hubiera partido con el grueso del ejército.

De esto se deduce que han de distinguirse dos casos diferentes; aquel en que las plazas estarán abandonadas a sí mismas, muy poco tiempo hasta la llegada de los ejércitos á que sirven de apoyo, y aquel en que su misión defensiva deberá ejercerse, incluso hasta después de faltar los ejércitos amigos. Excepcionalmente, las plazas del momento, estarán completamente constituidas en el instante en que se necesiten; su organización estará prevista ya desde antes de la guerra; estas serán las plazas de segunda línea. En cuanto á las fortalezas de primera línea, están ya constituidas de un modo permanente.

Nos ocuparemos, pues, en las plazas de la primera especie, íntimamente unidas á los ejércitos (1).

CAPITULO PRIMERO

MODO DE ORGANIZACIÓN DE LAS PLAZAS DEL MOMENTO

A.—Plazas situadas en países poco accidentados.

Principios generales.—No nos preocuparemos en poner el núcleo de la población, si existe, en estado de poder resistir un bombardeo llevado á cabo con piezas de largo alcance; de lo que acabamos de indicar se desprende fácilmente esta condición. Dispondremos nuestras posiciones defensivas de modo que preserve, tanto como eso pueda ser, á la población, del fuego de las piezas de campaña y de las baterías ligeras de sitio.

Para lograrlo, colocaremos nuestra artillería de combate á una distancia que puede variar entre 2.500 y 3.000 metros del núcleo. La artillería se compondrá de piezas de campaña de 80 y 90 milímetros y de piezas móviles, de sitio, de 95, 120 y 155 milímetros, corto. Si nos fuera posible emplazar algunos cañones de 120 milímetros, largo, los colocaríamos en los puntos que creyéramos más convenientes para batir á gran distancia las vías de comunicación que conducen á la plaza.

Si en vez de un núcleo de población se trata de uno ó varios puentes ó de un desfiladero, se adoptarán las mismas distancias á fin de poder usar libremente de una extensión de terreno suficientemente grande para la organización y los movimientos de las tropas.

De igual modo, las plazas de Tours, Orleans y Nevers, muy útiles mientras un ejército se uniría y organizaría en el interior del campo atrincherado natural de que hemos hablado, no tendrían razón de ser después que este ejército hubiera definitivamente abandonado el campo atrincherado.

(1) Haremos notar que si fuese necesario improvisar las de la segunda especie, su organización se haría partiendo de los mismos principios que para las plazas permanentes, teniendo, como es natural, en cuenta, el tiempo de que se dispone y los recursos con que se cuenta. Esta condición podrá conducir á disminuir la distancia entre la posición principal y el núcleo central, á fin de recluir la extensión del perímetro defensivo, y por consiguiente, las edificaciones del núcleo no se pondrán en condiciones de poder resistir un cañoneo ejecutado con piezas de sitio de largo alcance. De aquí la necesidad de resistir el mayor tiempo posible en las posiciones avanzadas.

Dispondremos, pues, una *posición principal de defensa* situada á la distancia máxima de 3.000 metros del núcleo ó del punto que se trata de cubrir (1). En ella situaremos toda la artillería de combate, y ésta deberá estar protegida por medio de puntos de apoyo constituídos con obras ó con localidades puestas en estado de defensa.

A fin de sustraerla lo mejor posible á los efectos de la artillería enemiga, la posición principal se desarrollará en las cercanías de la parte más alta de las mesetas que rodean á los puntos que se trata de cubrir, si es que estas mesetas tienen anchura suficiente.

En este caso se dispondrá una *línea avanzada*, de modo que pueda batir las pendientes que se extiendan por el frente de ataque.

Mas si los llanos ocupados no tuviesen suficiente anchura, la *línea avanzada* y la posición principal podrían confundirse. Los puntos de apoyo para la infantería se desarrollarían en las cercanías de la cresta militar y la artillería de combate se colocaría al abrigo de las alturas del punto más alto de los terrenos. En el caso en que existiera, á la distancia de 800 á 1.000 metros de la línea principal, una posición favorable para el ataque, en ella se establecerá la *línea avanzada*. No creemos que pueda establecerse en un punto más lejano, porque el frente defensivo sería demasiado grande y esa línea avanzada no recibiría apoyo eficaz de la posición principal. Este apoyo se ejerce sobre todo por el fusil y algunas piezas de campaña dispuestas con este objeto; las otras, así como las piezas de sitio, estarán destinadas á tomar parte en la lucha de artillería. Los cañones que ejecutan el tiro indirecto no son seguramente los más indicados para accionar sobre las tropas durante el asalto y en consecuencia para apoyar la línea avanzada.

Es necesario, siempre, que exista proporción entre la longitud del perímetro que se ha de defender y las tropas de que se dispone. Gracias á una buena utilización de los obstáculos pasivos se logrará que el desarrollo de las líneas de defensa esté en relación con el efectivo de la guarnición.

Tal vez se objetará que los obstáculos pasivos permiten al enemigo el acordonar más fácilmente la plaza. Haremos observar que en el caso actual, esta objeción no tiene valor, pues que una plaza que sirve de apoyo á un ejército no puede permanecer sitiada durante mucho tiempo. Además, distinguiremos entre los diversos obstáculos pasivos aquellos que, como las inundaciones, limitan á la vez los frentes del sitiado y del sitiador, dividiendo, si es que tienen extensión suficiente, las fuerzas de este último, y las talas de árboles, que exigen pocas fuerzas para ser defendidas y en cambio se necesitan serios esfuerzos para re-basarlas.

De un modo general, una línea de defensa cuyas alas están apoyadas en obstáculos pasivos convenientemente vigilados, no ha de temer en modo alguno los ataques del sitiador.

Los almacenes de municiones se establecerán á una distancia que oscile al rededor de 1.000 metros á retaguardia de las baterías ó de los emplazamientos desenfilados. Estos serán los *depósitos intermediarios* que contendrán las muni-

(1) Esta distancia depende principalmente de la forma del terreno.

ciones confeccionadas y servirán para abastecer las baterías. Si es posible establecer, para cada una de ellas, un almacén que esté suficientemente abrigado de los ataques del enemigo, contendrá las cargas reglamentarias de las piezas. En el caso contrario, esta dotación estará repartida en nichos dispuestos en la proximidad de las baterías y en los depósitos intermediarios correspondientes.

En uno ó varios *grandes almacenes*, según sea la extensión de la plaza, se dispondrán los complementos de las dotaciones y en él se harán las manipulaciones necesarias.

Los elementos de la defensa estarán unidos entre sí por medio de buenos caminos. Tal vez sería posible y conveniente extender paralelamente á ellos una vía férrea estrecha, (de 1 metro), de tracción animal, utilizando para ello los recursos que la plaza cuenta, ya en material de contratistas de obras ó de la industria privada.

En resumen, una plaza del momento estará á poca diferencia constituida como la posición de sostén de una fortaleza permanente. Además, un recinto de circunstancias rodeará, según los casos, el núcleo de la población civil ó los puntos que sea conveniente cubrir, tales como los pasajes sobre las corrientes de agua, desfiladeros, etc.



PIEZA	ARTILLERÍA REGLAMENTARIA					
	Cañón bronce comprimido 15 cm. Verdes.	Cañón bronce comprimido 12 cm.	Cañón bronce comprimido 9 cm.	Cañón acero de 9 cm. Krupp.	Cañón acero de 8 cm. Sotomayor	Cañón bronce comprimido 8 cm.
	S. P. T.	S. P. T.	Cp. C.	Cp. C.	Cp. T.	Cp. C.
Servicio á que se destina.	4200	3000	2060	2100	2212	2024
Sistema de cierre.	1660	1275	836	950	1062	1473
Longitud de la pieza.	579	539'4	210	400	304	182
» de la caña.	3267	2846	1525	1875	2041	1854
» de la recámara del cartucho.	2439'5	2208	1506'3	1506	1700	1593
» del ánima.	216'3	204	167'5	150	99	120
» de la parte rayada.	462	—	—	—	200	—
Diámetro del plano de la boca.	100	133	98	98	90	91'4
» » de culata.	149 1	120	87	87	78'5	78'5
» mayor de la recámara del cartucho.	152'1	123	89'5	89'5	79'5	81
» del ánima en los macizos.	56	32	24	24	16	24
» » en las rayas.	1'5	1'5	1'25	1'25	0'5	1'25
Número de rayas.	9'01	8'3	8'4	8'4	10'5	7'47
Profundidad de las rayas.	4	3'5	3	3	4'91	2'8
Ancho de las rayas.	120	105	73	55	40	45
» de los macizos.	150	133	94	96	95	85
Longitud de los muñones.	464	348	260	260	223	223
Diámetro de »	1340	1151	840	848	757'5	800
Distancia entre los planos de los contramuñones.	1363'5	1600	1050	1000	1000	1009
» del eje de muñones al plano de culata.	2950	1250	516	487	285	358
Longitud de la línea de mira.	78	—	30	29	8'3	26
Peso de la pieza.	90	65	42	46	23	40
» del cierre.	12'75	8'1	1'99	1'87	1'99	1'57
Preponderancia.						
Volumen de la recámara (dm. ³).						

MONTAJES

Marco alto	Altura del eje de muñones sobre la explanada.	—	—	—	—	—
	Angulo máximo de elevación.	—	—	—	—	—
	» » de depresión.	—	—	—	—	—
	Campo de tiro horizontal.	—	—	—	—	—
	Longitud del marco.	—	—	—	—	—
	Ancho del »	—	—	—	—	—
	Inclinación del »	—	—	—	—	—
	Peso de la cureña.	—	—	—	—	—
	» del marco.	—	—	—	—	—
	» total del montaje.	—	—	—	—	—
Marco bajo	Altura del eje de muñones sobre la explanada.	—	—	—	—	—
	Angulo máximo de elevación.	—	—	—	—	—
	» » de depresión.	—	—	—	—	—
	Campo de tiro horizontal.	—	—	—	—	—
	Longitud del marco.	—	—	—	—	—
	Ancho del »	—	—	—	—	—
	Inclinación del »	—	—	—	—	—
	Peso de la cureña.	—	—	—	—	—
	» del marco.	—	—	—	—	—
	» total del montaje.	—	—	—	—	—
Cureña	Altura del eje de muñones.	1830	1840	1080	1085	1060
	Angulo máximo de elevación.	36.0	36.0	26.0	13.0	15.0
	» » de depresión.	9.0	6.0	13.0	4.0	5.0
	Longitud del eje de las ruedas.	1834	1930	1813	1910	1700
	Carril.	1350	1619	1630	1720	1375
	Ancho de las llantas.	180	85	—	—	—
	Diámetro de las ruedas.	1560	1560	1390	1400	1322
	Distancia del apoyo de las ruedas á la contera.	2554	2780	2800	3070	2450
	Longitud de la cureña.	2554	2680	2360	2710	2235
	Peso de id.	2500	1200	570	558	285

Afuste	Allura del eje de muñones.	—	—	—	—	—	—
	Longitud.	—	—	—	—	—	—
	Angulo de elevación que permite (máximo).	—	—	—	—	—	—
	Distancia interior entre las muñoneras.	—	—	—	—	—	—
	Carril.	—	—	—	—	—	—
	Angulo mínimo de elevación.	—	—	—	—	—	—
	Peso del afuste.	—	—	—	—	—	—
» de las ruedas.	—	—	—	—	—	—	
» del armón.	—	—	—	—	—	—	
» del carruaje completo.	—	—	—	—	—	—	
PROYECTILES							
Granada ordinaria.	Diámetro de la parte cilíndrica.	148	118'5	86'5	86'5	77'5	77'5
	Espesor de paredes.	29	20'5	20'75	20'75	15	21
	» del culote.	40	30	15	15	17	16
	Altura del proyectil.	420	355	215	215	270	185
	Radio de la ojiva.	200	194	173	173	—	149
	Peso del proyectil vacío.	33	16'67	6	6	5'97	4'378
	» de la carga explosiva.	1'92	1'26	0'21	0'21	0'15	0'116
» del proyectil cargado.	35	18	6'3	6'3	6'3	4'588	
Granada perforante.	Diámetro de la parte cilíndrica.	—	—	—	—	—	—
	Espesor de paredes.	—	—	—	—	—	—
	» del culote.	—	—	—	—	—	—
	Altura del proyectil.	—	—	—	—	—	—
	Radio de la ojiva.	—	—	—	—	—	—
	Peso del proyectil vacío.	—	—	—	—	—	—
	» de la carga explosiva.	—	—	—	—	—	—
» del proyectil cargado.	—	—	—	—	—	—	
Granada de mina.	Diámetro de la parte cilíndrica.	—	—	—	—	—	—
	Espesor de paredes.	—	—	—	—	—	—
	» del culote.	—	—	—	—	—	—
	Altura del proyectil.	—	—	—	—	—	—
	Radio de la ojiva.	—	—	—	—	—	—
	Peso del proyectil vacío.	—	—	—	—	—	—
	» de la carga explosiva.	—	—	—	—	—	—
» del proyectil cargado.	—	—	—	—	—	—	

REV. MIL.—T. III.—N.º 8.—5.ª SERIE.—15 ABRIL 1896.

16

Granada de metralla	Diámetro de la parte cilíndrica.	148	118'5	86'5	86'5	—	77
	Espesor de paredes.	23	19	6'25	6'25	4'75	5'5
	» del culote.	35	32'5	16	16	—	15
	Altura del proyectil.	373'75	274	188'8	188'8	240	166'3
	Radio de la ojiva.	192'5	200	—	—	—	—
	Peso del proyectil vacío.	34	11'915	6'654	6'654	2'77	4'647
	» de la carga explosiva.	0'5	0'16	0'068	0'068	0'081	0'060
Bote de metralla.	» de los balines.	6'6	4'6	2'73	2'73	2'63	1'82
	Número de balines.	330	260	210	210	231	140
	Diámetro de »	16	14	13'5	13'5	12'6	13'5
	Peso del proyectil cargado.	35	18	7'172	7'172	6'3	5'16
	Altura del bote.	304	245	219	219	163	163
	Diámetro del bote.	148	118	85	85	75	75
	Número de balas.	210	130	91	91	48	48
» del proyectil.	Diámetro de »	27	25	21	21	21	21
	Peso de una » (gr.)	118	17'6	35	35	35	35
	» del proyectil.	35	18	5'685	5'685	3'425	3'425
TIRO							
Carga de proyección.	8'8	5'6	1'5	1'5	1'55	1'25	
Clase de pólvora.	P. 7 c.	P. 7 c.	6 á 10	6 á 10	9 á 11	6 á 10	
Velocidad inicial (met.)	500	515	451	451	460	483	
1.000 met.	Velocidad remanente (met.)	398	424	329	329	371	334
	Penetración en hierro (proyectil perforante) (cm.)	16	—	—	—	—	—
	» piedra (granada ordinaria) (met.)	1'5	1'3	0'64	0'64	0'92	0'59
	» tierra vegetal »	6	5'1	2'7	2'7	3'7	2'5
	» pino »	7'4	6'3	3'2	3'2	4'5	2'9
	Velocidad remanente (met.)	332	347	280	280	309	274
	Penetración en hierro (proyectil perforante) (cm.)	12'19	—	—	—	—	—
2.000 »	» piedra (granada ordinaria) (met.)	1'23	1	0'52	0'52	0'73	0'45
	» tierra vegetal »	5'2	4'3	2'3	2'3	3'2	2'1
	» pino »	6'1	5'2	2'7	2'7	3'7	2'4

	Velocidad remanente (met.)	294	296	255	255	266	240
	Penetración en hierro (proyectil perforante) (cm.)	10'16	—	—	—	—	—
3.000 met. .	» piedra (granada ordinaria) (met.)	1	0'8	0'45	0'45	0'60	0'37
	» tierra vegetal » »	4'7	3'8	2'1	2'1	2'8	1'8
	» pino » »	5'3	4'3	2'4	2'4	3'1	2
	Balance máximo de las tablas de tiro.	7500	5000	5000	5000	5000	5000
	Velocidad remanente (met.)	223	250	233	233	216	203
	Inicial (tm.)	446	243'3	—	—	—	—
	1000 met. (tm.)	282'6	165	—	—	—	—
	2000 » »	196'6	110'5	—	—	—	—
	3000 » »	154'2	80'4	—	—	—	—
Fuerza viva total.	4000 » »	127'2	67'9	—	—	—	—
	5000 » »	107'1	57'4	—	—	—	—
	6000 » »	96'8	—	—	—	—	—
	7000 » »	91'9	—	—	—	—	—
	Alcance máximo.	88'7	—	—	—	—	—

(Continuará.)

JUAN DE UGARTE,
Capitán de artillería.

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE LA GUERRA

CHINO-JAPONESA

(Continuación.)

Batalla de Newchwang (4 de marzo).—Este plan fué tan bien ejecutado, que segun ciertas relaciones, el general Katsura, habiendo logrado rechazar al ejército de Liao-Yang y dejando su vanguardia en observación, tuvo aún tiempo de replegarse sobre Newchwang para tomar parte en la batalla librada por el general Nozu contra las fuerzas chinas que ocupaban la ciudad.

El 4 de marzo, las divisiones 3.^a y 5.^a (1.^a brigada) atacaron á Newchwang; los chinos destacaron la mayor parte de su infantería en puntos que los japoneses no podían pensar siquiera en atacar, y resultó que los puntos débiles fueron precisamente los peor defendidos.

Esta batalla de Newchwang no presenta ningún interés particular; en ella aparece de un lado y de otro la misma táctica; los japoneses preparan hábilmente el ataque por la artillería y se lanzan al asalto vigorosamente; los chinos, resisten débilmente, al principio del combate, y desesperadamente al final cuando toda retirada es ya imposible.

Al medio día, dos horas después de roto el fuego, los shrapnels de las baterías japonesas habían hecho tan bien su obra, que las murallas eran evacuadas por los defensores, la infantería entonces, precipitándose á las puertas ó escalando las murallas tomaba posesión de ellas. Esta primera fase del combate no presentó serias dificultades; la lucha no se hizo encarnizada hasta el momento en que los japoneses, dueños del recinto, quisieron penetrar en las calles de la ciudad. Un gran número de soldados chinos se habían refugiado en las casas, y desde las ventanas disparaban sobre los asaltantes, que á pesar de toda su bravura, debían cansarse de esa resistencia inesperada, y particularmente mortífera. Verdaderamente aquello fué un *sitio de Zaragoza*; fué necesario tomar las casas una á una; empezado el combate á las dos de la tarde, no terminó hasta las once de la noche.

Los japoneses perdieron 300 hombres; en cuanto á los chinos, perdieron hasta 2.000 hombres entre muertos y heridos y 600 prisioneros, entre los cuales se contaban varios generales,

Toma de Yingtsu.—Mientras el general Nozu se apoderaba de Newchwang, la primera división que desde hacía algún tiempo, operaba en unión con el primer ejército, se dirigió sobre Yingtsu donde se encontraba la masa principal de las fuerzas del general Sung.

Después de haber rechazado, el mismo día de la batalla de Newchwang (4 marzo), una salida de los defensores de Yingtsu, el general Nogi, comandante de la primera brigada de la división Yamají, prosiguió su marcha á lo largo de la costa y llegaba el 6 frente la plaza y se apoderaba de ella al día siguiente.

Los fuertes que rodean á Yingtsu al sud y el oeste de las riberas del Liao fueron tomados fácilmente; el invierno era en ese caso un auxiliar precioso, pues to que estando el río helado, las tropas pudieron atravesarlo sin dificultad. Por otra parte, aun antes de la llegada de los japoneses, la mayor parte del ejército del general Sung se había replegado sobre Tienchwangtai; esta ciudad caía dos

días después bajo el poder del general Nozu, por el esfuerzo combinado del primer ejército y de la división Yamají.

No restaba otra misión al ejército japonés de la Mandchuria que seguir ya, su marcha hacia Pekín, salvo el dejar en la plaza un fuerte destacamento para hacer frente á la eventualidad de una posible reacción de las fuerzas chinas, para atacar á la plaza. Esta contingencia era, sin embargo, poco probable.

La marcha sobre Pekín, tanto tiempo retardada por motivos secundarios, era necesario, ahora, emprenderla con todas las fuerzas reunidas. La estación no era favorable para una operación de este género; mientras que durante el rigor del invierno la nieve endurecida sobre los caminos hace la circulación fácil y que los ríos helados facilitan en gran modo el paso á las tropas y á al material, la inminencia del deshielo, que iba á transformar los caminos en cenegales, los vivaques en pantanos y los ríos en obstáculos, debía preocupar grandemente el espíritu del comandante en jefe de los ejércitos japoneses.

En estas condiciones, era necesario, á todo trance disminuir el trayecto por vía terrestre para llegar á la capital y para esto aprovechar la abertura á la navegación del puerto de Yingsu, libre ya de hielos, para embarcar el ejército de la Mandchuria y conducirlo á un punto favorablemente escogido de la costa de Petchili.

Por otra parte, la toma de Wei-Hai-Wei había dejado libres á las 2.^a y 6.^a divisiones, que transportadas á la península de Liao-Tong después de la toma de la gran plaza de Shantoung, esperaban en Talién-Wan los transportes que habían de conducirlos hacia Shan-Hai-Kwan, situada á quince días de marcha de Pekín.

En fin, la Guardia y la 2.^a división, que no habían aún sido empleadas, podían concurrir al mismo objeto, puesto que se había decidido no emplear más que las tropas territoriales para la operación emprendida contra Formosa.

Así se habría llegado á disponer de un efectivo de 80.000 hombres; era una masa suficiente para arrollar todos los obstáculos que se podían encontrar en el camino hacia la capital.

Mas la idea de un armisticio estaba ya en el aire, algunas potencias europeas directamente interesadas en las cuestiones del Extremo Oriente, comenzaban á preocuparse con los proyectos del estado mayor japonés, cuyo éxito hubiera sin duda producido una revolución en Pekín; el desorden que este estado de cosas hubiera provocado podía tener consecuencias de una incalculable extensión; la prudencia del mikado y de sus consejeros les hizo notar la gravedad de la situación. Tal vez el partido político japonés temía la preponderancia del elemento militar en los consejos del gobierno; sea como quiera, se acordó un armisticio como preludio de las negociaciones de paz. El pistoletazo disparado sobre Si-Hung-Chang hizo el resto.

Se pretende que este célebre hombre de estado chino, cuando el emperador quiso tener noticias de su estado, respondió: «¡Qué importa mi herida, si puede servir para salvar á mi país!»

Es muy cierto que la situación de la China, había llegado á ser muy crítica; las fuerzas reunidas á toda prisa para defender la capital no habían detenido durante mucho tiempo al ejército japonés, y la cuestión que se ventilaba en Extremo Oriente, hubiera entrado en su fase aguda, cuya perspectiva parecía hecha expreso para alarmar á la política europea.

Por otra parte, los laureles recogidos por las tropas del Mikado, eran más que suficientes para que aun los más descontentadizos se declarasen satisfechos. Las dos cortas expediciones contra Port-Arthur y Wei-Hai-Wei habían demostrado que plazas reputadas inexpugnables, no habían podido resistir á la bravura de los soldados japoneses, y en la campaña de Mandchuria las dificultades, de toda clase, habían sido vencidas con un arranque, una energía digna de todo elogio.

Antes de terminar este estudio, nos resta resumir las operaciones cuyas principales fases acabamos de indicar. Tal vez hubiéramos debido aportar al estudio de la guerra en la Mandchuria, un mayor número de detalles; mas los publicados por la prensa japonesa y extranjera son tan confusos y alguna vez tan contradictorios, que nos ha parecido preferible desde todos los puntos de vista, contentarnos con un boceto, en el cual, andando el tiempo, sea fácil acentuar los contornos.

(Continuará.)

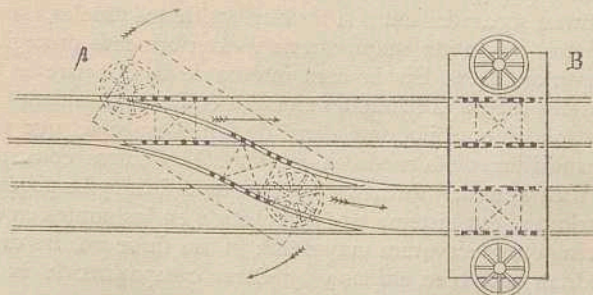
TREN-BATERÍA PARA LA DEFENSA MOVIL DE LAS COSTAS

El señor Waldemar Lillioswic, alemán, acaba de proponer un *tren-bateria*, adaptado especialmente á la defensa móvil de las costas, y que parece ser de uso más práctico y de un empleo más eficaz que las otras muchas disposiciones análogas experimentadas hasta hoy, tanto en el sitio de París en 1870-71, como en la campaña de Egipto en 1882 y en algunos puntos de la costa inglesa en 1893.

El *Cosmos* publica una sucinta descripción del aparato, y de él la tomamos:

«Los carruajes ó mejor, las plataformas, que componen un tren-bateria tienen la anchura igual á la longitud de un vagón de mercancías, y la longitud es la máxima que permite el paso por los túneles, en los que está establecida la doble vía.

La plataforma está sostenida por dos juegos de cuatro ruedas cada uno, que

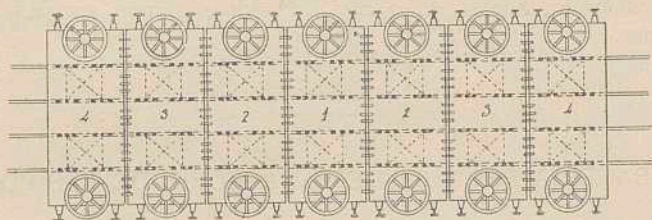


pueden girar al rededor de un eje vertical, situado debajo de la mencionada plataforma.

La distancia entre los ejes verticales de los dos juegos de cuatro ruedas, es la misma que hay entre los ejes de las dos vías.

Imaginemos ahora el carruaje colocado sobre una línea férrea y próxima al punto de unión de la doble vía por medio de un cambio. Si en este estado se hace avanzar el carruaje, es fácil hacer trasladar uno de los juegos de cuatro ruedas sobre una de las vías, mientras el otro juego permanece en la primera. De ese modo el carruaje queda situado normalmente á la doble vía (fig. 1.^a)

A los extremos de las plataformas y colocadas en su eje están situadas unas ruedas horizontales de un diámetro igual al de las ruedas del carruaje. Estas ruedas están provistas de una garganta á modo de polea. El lado mayor de las plataformas está provisto de una serie de dientes y encajes, mediante los cuales las plataformas se pueden unir con facilidad y sólidamente unas á otras, formando un todo homogéneo.



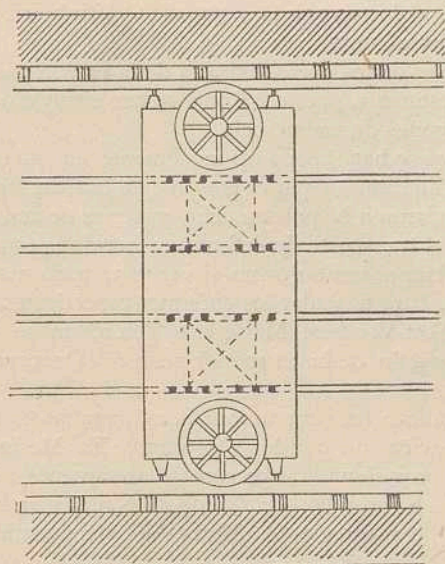
Un tren-batería se compone de diversas plataformas, dispuestas transversalmente á la vía y unidas unas á otras como indica la fig. 2.^a; la plataforma central (1) lleva un cañón de grueso calibre que puede girar en todas direcciones, mediante un aparato hidráulico; lateralmente están situadas las plataformas blindadas para las municiones (2.2), dos para los almacenes de reserva (3.3) y, finalmente, en sus extremos lleva otras dos destinadas á conducir ametralladoras y cañones de tiro rápido (4.4).

Una locomotora ordinaria transporta el tren-batería, así compuesto, á los puntos en que un ataque parece probable.

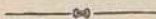
En los puntos especialmente importantes, pero descubiertos, se prepara de un modo especial (fig. 3). A ambos lados del camino y á la distancia exacta á que se encuentran separados entre sí los estribos de los túneles, se alzan unos gruesos parapetos de sólida mampostería y exteriormente protegidos con una importante masa de tierras. En la cara interna de las dos paredes y á un nivel igual al de las dos ruedas horizontales situadas en las extremidades de las plataformas, está sólidamente fijado un carril de forma especial, que viene á adaptarse en la acanaladura de la rueda en cuestión. Los muros constituyen así un sólido apoyo para el tren, y forman con él un todo firme y homogéneo.

Es necesario que este sistema esté establecido en los puntos en que la vía va recta ó bien tenga una curvatura muy débil; si no fuese así, las diversas plataformas no podrían estar bien unidas y quedaría comprometida la solidez del conjunto.

La ventaja esencial del tren propuesto por Lillioswic está en que además de su gran movilidad, tiene la posibilidad de poderse emplear una pieza de grueso calibre de 15 á 20 toneladas de peso, sin necesidad de apuntalar las plataformas que lo lleve durante el fuego, para impedir los inconvenientes del retroceso.



Parece que este tren fué experimentado con buen éxito; el coronel Clowes de la artillería inglesa ha recomendado vivamente su adopción al gobierno inglés, reconociéndolo como un medio eficacísimo para la defensa de las costas.



REVISTA DE LA PRENSA Y DE LOS PROGRESOS MILITARES

NOTICIAS RELATIVAS Á EJÉRCITOS EXTRANJEROS

El juramento á las banderas en Austria-Hungría.—El juramento que se hace prestar en muchos países á los reclutas al incorporarse á los cuerpos, presenta algunas dificultades prácticas en aquellas naciones en donde no existe verdadera unidad religiosa. Tal sucede, por ejemplo, en el ejército austriaco en el que hay contingentes que proceden de poblaciones que profesan la religión musulmana. Para estos contingentes ha habido que buscar una fórmula de juramento adoptada á esta necesidad. En lo sucesivo, el imán militar se presentará delante de la tropa llevando el Korán. Dará lectura de la fórmula del juramento en alta voz; los soldados la repetirán literalmente, frase por frase, á medida que el imán las vaya pronunciando, confirmándolas por medio de gritos de «Vallachi-Billahi», que significa «así sea».

A falta de imán militar se podrá emplear para dar lectura al juramento un cadí ó un muftí, ó también un soldado musulmán de buena conducta.

SERVICIOS SANITARIOS

La Cruz Roja italiana.—Durante el pasado otoño, cuando los enfermos de la expedición de Madagascar desembarcaron en Marsella y en Argel, los periódicos italianos publicaron correspondencias haciendo resaltar los defectos de los vagones de los trenes de ambulancias franceses. Los enfermos tendidos, decían,

estaban sujetos á un doloroso vaivén y parecían sufrir horriblemente á causa de las vibraciones de los vagones.

Estas afirmaciones de los corresponsales de la prensa italiana parecen haber dado sus frutos en este país, pues en Roma se han ensayado juiciosas modificaciones en varios vagones de ambulancia.

Los experimentos se han hecho principalmente en los talleres de la red de vías férreas del Mediterráneo y por el personal de la Cruz Roja. Del 15 al 20 de marzo último se enviaron á Nápoles muchos vagones de ambulancia á fin de poderlos utilizar para el transporte de enfermos y heridos procedentes del África.

En Francia, los trenes sanitarios no sirven para nada más que para realizar ensayos de tracción. Para trasladar los enfermos procedentes de Madagascar que desembarcaron en Port-Vendres, Marsella y Tolón, no se utilizaron más que carruajes de viajeros á fin de hacer menos penoso el transporte de los soldados heridos y enfermos.

La Cruz Roja italiana ha proporcionado en cambio un tren sanitario completo para la evacuación de heridos y enfermos. En Mesina se ha organizado además un hospital provisional de 50 camas enteramente servido por el personal de la Cruz Roja. El hospital establecido en Nápoles ha sido detalladamente inspeccionado por el comendador A. Silvestrelli, vicepresidente de la sociedad.

MANIOBRAS MILITARES

Las maniobras de invierno en Rusia.—En el presente año se han ejecutado maniobras de invierno por las tropas de la circunscripción militar de San Petersburgo, á que pertenecen la Guardia, el primer cuerpo y el 18.º cuerpo, además de haberseles reunido para este objeto el 18.º batallón de ingenieros y las tropas de infantería de guarnición en Kroustadt. Las maniobras empezaron en enero y se prolongaron hasta mediados de marzo.

La orden que las prescribió recuerda el objeto de estas maniobras: hacer familiares á las tropas los detalles prácticos del servicio en campaña, habituarlas al combate en terreno variado y hacer cambiar en gran escala las circunstancias del tiro. Insiste en la necesidad de terminar todos los ejercicios por una maniobra de doble acción, ó cuando menos contra un enemigo figurado. Recomienda que se aprovechen estas maniobras para familiarizarse con la construcción de atrincheramientos en la nieve, el empleo del telégrafo de campaña, la iluminación artificial, señales, etc.

A este efecto, prescribe que cada destacamento constituido para llevar á cabo una maniobra debe contar con media compañía de ingenieros á la cual se podrán unir como voluntarios algunos otros individuos del batallón. Esta fuerza deberá estar provista de algunas herramientas, heliógrafos, teléfonos de cable ligero, etc.

Al destacamento se unirá un grupo de cuatro á seis señaladores de la compañía de telegrafistas del batallón de ingenieros de la Guardia, que deberán estar provistos de banderas para comunicarse á una versta y media de distancia.

La caballería del destacamento deberá contar con algunos telegrafistas provistos de aparatos ópticos, cuyos soldados irán montados y equipados como en tiempo de guerra.

Aparte de estas maniobras, la orden precitada recomienda á los comandantes de las divisiones que habitúen á sus tropas por medio de ejercicios graduados á maniobrar aún en la estación rigurosa.